

buena conciencia. Y esto es justamente, caros jóvenes, lo que con fervor pedimos al Autor de todo bien para vuestro presente y venidero. No queda duda: todos os alistareis en esta milicia santa, en la que se está siempre en guerra permanente contra los enemigos de la conciencia. En donde quiera que la divina Providencia os coloque, sea cualquiera vuestra profesion y estado, tened una conciencia pura, sencillez y realidad todo interior, á fin de no aparentar exteriormente la virtud que no poseeis, y así os asegurareis la eterna salvacion; y despues de vivir felices en la tierra, lo sereis igualmente en la otra vida, gozando de una vida y gloria inmortal.

Persuadios además, que para manteneros con fidelidad y perseverar, os costará combatir sin un momento de reposo. No sucede como en lo mundano, que se premia el fraude y se ve desgraciadamente triunfante la tranquilidad en una paz aparente. Si constantes y firmes en los sanos principios y rectas costumbres que os han sido comunicados con la educacion cristiana, preferireis en efecto perseverar en la conciencia arreglada, que está íntimamente unida á las dulzuras deliciosas de infalible y santa esperanza, despreciando con cristiano desdén esas compañías vergonzosas, de quienes su galardón siempre es la culpa y su paz engañosa, incierta y de apariencia. Para nosotros, hijos míos, y no lo repetiremos bastante, aquí está cimentado el bien sólido á que se dirigen nuestros esfuerzos para asegurárosle. Si somos tan dichosos en participaros tanto y tan gran beneficio en medio de una época medrosa de su misma corrupcion, que formemos tantos católicos sinceros como tenemos de discipulos, nos convencemos de que servimos con celo la religion, y de que á la pátria prestamos un servicio sin comparacion el mayor que podemos hacerla.

COSTUMBRES.

(LA CORRUPCION DE LAS)

Videte itaque, fratres, quomodo cauté ambulatis..... quoniam dies mali sunt.

Mirad, pues, hermanos, que andeis con gran circunspeccion..... porque los dias son malos.

(EPHES. V, 15, 16.)

Si hubo jamás un siglo al que pudiesen aplicarse con toda propiedad las palabras del Apóstol, ese es sin duda el nuestro. Porque ¡qué relajacion! ¡qué corrupcion! ¡qué escándalos por todas partes! El Cristianismo parece haber desaparecido con los cristianos que nos han precedido. Contamos ya diez y ocho siglos desde su establecimiento hasta nosotros, y podemos decir que han sido otros tantos escalones por los que han venido descendiendo los cristianos de la virtud y fervor de nuestros padres. Una fe casi extinguida, y una caridad resfriada ó apagada, no ofrecen á nuestros ojos más que cristianos sin alma y sin vida. Los dias están oscurecidos por los nublados del vicio y por las tinieblas del error. Son dias malos. *Dies mali sunt.*

Toda carne ha corrompido su camino, y apenas hay quien no lleve sobre su frente la palidez de la maldad y del crimen. Las calles y las plazas no resuenan sinó los elogios del placer, ni presentan á la vista más que espectáculos de lujo y lujuria. La bondad, que fué en otro tiempo el carácter y el mérito de nuestros antepasados, es mirada hoy como flaqueza de espíritu; el candor como estupidez; la verdad como imprudencia, y la piedad como supersticion. La malicia, creciendo con la edad, corrompe todas las condiciones y todas las personas. Son dias malos. *Dies mali sunt.*

En vista de tantos vicios, ¿en qué escalon, en qué hondura de corrupcion nos encontramos en el dia? Yo lo diré, y esto será todo el asunto de mi discurso. Compararé los primeros tiempos del Cristianismo con los nuestros, y esta comparacion nos hará conocer el escalon y la hondura en que nos hallamos y el peligro que corremos de anegarnos. Podrá ser que esa multitud de cristianos, que con tanta serenidad esperan ser admitidos en el cielo, despues de una vida tan

perdida; podrá ser, repito, que al ver el camino que han llevado los justos y compararle con el que llevan ellos, salgan de su funesto error y muden de vida. Este es todo mi intento y mi deseo. Si no lo consigo, á lo ménos lograré que se vea reprobada en esta cátedra del Espíritu Santo esa corrupcion, que, á fuer de general, parece que quiere prescribir contra los preceptos y las virtudes, y aún contra la religion misma.

Señor, comunicad tal energía y eficacia á mis palabras que, presentando nuestro lastimoso estado con los colores que le son propios, hagan que le detestemos, y emprendamos una vida verdaderamente cristiana. Este es el favor que os pedimos por la intercesion de la Santísima Virgen. A. M.

1. Cristianos, es por desgracia una verdad, que nosotros deshonramos el Cristianismo con nuestras malas costumbres, y que, semejantes á aquellas plantas que con el trascurso del tiempo han degenerado, no producimos sino frutos amargos de corrupcion. Es una verdad, que todos los siglos que han corrido desde los hermosos días de la Iglesia hasta nosotros, han venido á producir esta generacion perversa, de la que nosotros formamos parte, y que el misterio de la iniquidad, pronosticado por S. Pablo, se ve cumplido en nosotros de una manera espantosa. Es, en fin, una verdad, que nosotros, segun nuestras costumbres, no somos cristianos sino en el nombre; cristianos que á los ojos del mundo parece que vivimos, y que á los ojos de Dios estamos realmente muertos, siendo nuestra situacion tanto más peligrosa y sensible, cuanto ménos la sentimos. No, católicos, no hay porque disimularlo. Nuestras costumbres son tan diferentes de las de los primitivos cristianos, que podria pensarse al verlas, que nosotros seguimos una religion distinta de la suya, ó que ellos tuvieron una religion distinta de la nuestra. Si, cristianos, vosotros no podriais dejar de confesar esto, si un mundo que os atolondra, y algunas obras exteriores de piedad que os consuelan, no os adormeciesen en una seguridad funesta.

Mas para convenceros de la diferencia de sus costumbres y sentimientos de religion, acordaos de sus tiempos y comparadlos con los nuestros. *Rememoramini pristinos dies.* Acordaos de aquellos días felices, en que la fe, aún recién nacida, formaba tantos valerosos mártires, tantos penitentes austeros, tantas vírgenes puras, tantos pastores celosos, tantos ministros fieles... *Rememoramini.* Acordaos de aquellos hermosos siglos, en que la Iglesia, inflamada por el fuego del Espíritu Santo, brillaba con un resplandor celestial y era, en me-

dio de las persecuciones, las hogueras y los cadalsos, un espectáculo de admiracion para el mundo, para los ángeles y para los hombres. *Rememoramini.* Acordaos de aquellos días gloriosos, en que el Cristianismo no contaba sino santos en su número, en que sus más frágiles vasos eran más fuertes que toda la fuerza del siglo, y en que la fe de los sencillos formaba aquellos verdaderos sábios, que toda la filosofia del mundo no habia podido más que idear y prometer. *Rememoramini.* Acordaos de aquellos tiempos, en que la santidad de las costumbres era la señal por donde se distinguen los cristianos de todos los demás hombres. Acordaos, mis amados, de aquellos felices tiempos, en que la fe de los cristianos se sobreponia á todos los reverses de la vida, y les hacia desear con ansia el martirio. Acordaos de aquellos dichosos tiempos, y venid á compararlos con los nuestros. ¡Oh Dios mio! ¡Qué comparacion tan lastimosa y terrible!

Subid sobre las alturas que dominan nuestras poblaciones y echad una ojeada sobre los cristianos que las ocupan. Pero ¡qué vereis en ellas! Vereis *cristianos activos*, que se mueven, que se cruzan por todas partes, que se saludan, que tratan de todos los negocios, excepto el de su salvacion, que es su único negocio. Vereis *cristianos ociosos*, que gastan en su enfadoso círculo de visitas, cumplimientos, adulaciones... en bagatelas, si ya no es en cosas peores, un tiempo preciosísimo, que solo se les ha concedido para merecer el reino de los cielos. Vereis *cristianos avarientos*, que no cuentan con otros bienes, que los materiales de este mundo, ni tienen otro Dios que su tesoro. Vereis *cristianos ambiciosos*, que cometen las mayores ruindades y vilezas, y se valen de los medios más indignos para abalanzarse á un puesto ó un empleo que jamás deben ocupar. Vereis *cristianos escandalosos*, que pueblan al aire de maldiciones, juramentos, desvergüenzas y de horrorosas blasfemias. Vereis *cristianos libertinos*, que no contentos con su corrupcion, buscan por todas partes ocasiones de corromper á los demás, haciendo en esto un comercio de abominacion, como dice San Cipriano, y un oficio de demonios. Vereis... ¡pero qué no vereis en tiempos tan corrompidos! Vereis como el profeta Oseas en los días malos de Israel, que la maldicion, la mentira, el homicidio, el hurto y el adulterio todo lo han inundado. *Maledictum, et mendacium, et homicidium, et furtum, et adulterium inundaverunt.*

Comparad, ahora, católicos, aquella santidad del Cristianismo con esta corrupcion del Cristianismo. Comparad tiempos con tiempos y no podreis dejar de afligiros; no podreis dejar de llorar sobre la corrupcion de nuestros días; no podreis dejar de temer vuestra perdicion viviendo en tiempos tan perdidos; porque no ocupan ya (vosotros

veis y lo palpais) no ocupan ya á los cristianos aquellas conversaciones, aquellas relaciones tiernas que, recordando las misericordias de un Dios, humillado hasta la muerte para darnos la vida, les hacian derramar copiosas lágrimas de ternura y agradecimiento: ocupan, al contrario, conversaciones amargas y relaciones criminales que derraman la deshonra y la infamia sobre las familias. No son ya discursos inocentes los que ocupan á los cristianos y hacen amables las reuniones: son murmuraciones sangrientas; son odios envejecidos; son calumnias meditadas que, en expresion de S. Jerónimo, matan á los que las dicen y á los que las escuchan: no son ya diversiones saludables que la aplicacion al trabajo ó al estudio hacen necesarias: son juegos perniciosos que roban el tiempo á las obligaciones: son juegos escandalosos que destierran la paz de las casas, que arruinan las familias y que ocasionan más de una vez el homicidio, el suicidio y tambien el parricidio: no son ya comidas sencillas y caritativas en las que tiene su parte la indigencia: son comidas delicadas y costosas con las que se regala el rico, miéntras que el pobre muere de hambre, y pasa á la eternidad á quejarse de sus desapiadadas entrañas: no son ya lecturas piadosas las que ocupan á los cristianos: no son aquellas lecturas que ilustran el entendimiento y purifican el corazon; son lecturas impías; son lecturas paganas; son lecturas abominables, que extinguen la fe, que ultrajan la divinidad y que derraman sobre las almas un soplo de muerte.

¡Oh Dios mio! ¡No era bastante desgracia, que hubiésemos caido del fervor de los primitivos cristianos, sin pasar á entregarnos á una conducta pagana, irreligiosa é impía! ¡No era bastante desgracia que fuésemos malos cristianos, sin venir á ser los más perversos de cuantos nos han precedido! Porque, católicos; ¿cuándo se vió en el Cristianismo esa inmoralidad pública, esa desvergüenza general, ese impudor sorprendente que estamos viendo en el dia? ¿Cuándo se oyó jamás en él, un lenguaje tan soez, tan asqueroso y obsceno? Cuantas palabras torpes ha inventado la lujuria ó encontrado la lascivia, tantas se oyen sin cesar por todas partes; y aquellos dichos escandalosos, que en otros tiempos apenas salian de la boca de un rufian ó una ramera, se han hecho ya comunes hasta á los niños. ¿Cuándo se oyeron, ni aún entre las naciones que adoraban dioses falsos, esas horribles blasfemias, á las que nada puede añadirse ya de más horrible; esas blasfemias, que erizan los cabellos, que hacen retremblar los oídos, que estremecen el corazon y espantan el alma? ¿Esas blasfemias, que son el anuncio más terrible de la extincion de la fe y de la ausencia de una religion cuya santidad no puede sufrirlas?

Ministros del Señor, cristiano y piadoso auditorio, redoblad, multiplicad vuestras súplicas para alcanzar del Señor que disipe este torrente de delitos que todo lo inunda, y que remedie esta inmensidad de males, que todo lo destruye, acaba y consume; porque, amados de mi alma, ¿á dónde vamos á parar si Dios no lo remedia? En el dia, la impiedad ha dejado ya caer la máscara, los libertinos dan el tono y la ley, los jóvenes blasfeman de lo que ignoran, y en las concurrencias de un mundo tan corrompido, hasta los buenos cristianos se avergüenzan de parecerlo. En el dia, la modestia, esta virtud tan alabada en los libros santos, es un objeto de burla entre la turba de los impíos; y la castidad, que fué siempre la virtud de los sábios, es un objeto de oprobio para una multitud de necios que la prostituyen á sus infames pasiones. En el dia, ¡qué asombro de corrupcion! En el dia, se estudia la voluptuosidad por principios, y cristianos desalmados se entregan á ella con un género de delirio. En el dia, no se aprenden con empeño sinó las que llaman bellas letras y bellas artes, cuyo abuso contribuye tan terriblemente á fomentar el lujo y á romper las costumbres. En el dia, los signos del paganismo se sustituyen á los de la religion, y las estatuas y pinturas de los dioses ocupan los lugares de la Cruz y del Crucificado. En el dia, no se estudian sinó esas ciencias naturales, que no piden Cristianismo, y que se componen muy bien con el estado de pagano. En el dia, la ciencia del hombre Dios crucificado, que es toda la ciencia del cristiano, se mira como una ciencia vieja y gótica que no es del dia. ¡Qué blasfemia! ¿Y á dónde pueden conducirnos tan funestos antecedentes, sinó á la extincion de la fe y á la pérdida de la religion? ¡Qué desgracia! ¡Qué abismo!

2. Pero lo que pone el colmo á la corrupcion de nuestro siglo es su carácter de *incorregible*. En los siglos pasados habia corrupcion, y, á la vez, grande corrupcion, pero generalmente era solo en la voluntad, porque el entendimiento no se habia corrompido; mas en nuestro desdichado siglo tambien el entendimiento se ha corrompido, y siendo el orgullo el hijo predilecto de un entendimiento corrompido, el orgullo se ha hecho el vicio dominante de nuestro siglo. Así es que jamás se vió entre nosotros tanta altanería y fiereza como en el dia. Nosotros hemos saltado las barreras de la sencillez cristiana, y de aquí nace ese espíritu de soberbia que nos domina, y esa resistencia á someternos al santo yugo del Evangelio. En el dia, las prácticas de la religion parece que no convienen á ciertas personas, y que arrodillarse á los piés de un confesor implorando la misericordia de Dios, y recibir el Cuerpo adorable de Jesucristo es una vulgaridad. ¡Qué blasfemia!

Pero no hay que admirarse. Son productos naturales del orgullo. Es preciso, pues, confesar, que entre los vicios que se oponen á las prácticas del Cristianismo no le hay más terrible que el orgullo, ni más difícil de remediar. Como el orgullo excita continuamente la rebeldía del espíritu, hace rebelde é indócil á todo lo que él domina. Por eso las instrucciones cristianas nada pueden sobre el orgulloso. El las desprecia, las rechaza y persevera en su orgullo.

Y ved aquí, católicos, lo que pone el colmo á la corrupcion de nuestro siglo; ved aquí lo que le hace incorregible. Por más que nosotros, los predicadores, tronando desde los púlpitos, hagamos resonar las terribles amenazas de un Dios vengador, todo lo que decimos no hace impresion alguna en los espíritus orgullosos. Mas tened entendido, almas soberbias, que en tanto es uno cristiano, en cuanto es humilde.

San Agustin, despues de haber preguntado muchas veces cuál es la virtud fundamental del Cristianismo, responde siempre: que es la humildad, porque, en efecto, no hay virtud en el hombre que no es humilde. Jesucristo se gloria, dice S. Bernardo, de ser humilde y manso de corazon para enseñarnos, que el cristiano no debe conocer otra gloria que la de ser humilde; pero nuestro desdichado siglo, por un refinamiento de orgullo, ha trastornado todas las ideas. No se trata ya sinó de admirar y alabar todo lo que favorece á la vanidad, y de despreciar y burlarse de todo lo que respira humildad. En el dia hay un fausto en el corazon como en el vestido, y en los pensamientos como en las palabras; y el lujo que vemos exteriormente por todas partes, no es sinó la señal del orgullo que reina interiormente en todos los espíritus.

En vista de esto, no nos admiremos ya, católicos, de que la pobreza sea mirada como un objeto que espanta, de que el hermano rico se avergüenze de ver ó encontrar con su hermano pobre... No nos admiremos de que la riqueza sea el Dios que se adora, y por la que se sacrifica el tiempo, el reposo y el alma. No nos admiremos de que se hagan tantos esfuerzos por presentar á la vista todo lo que puede deslumbrar el entendimiento y fascinar los sentidos, por procurarse hombres de valer que les consigan empleos, por venir á ser en medio de sus conciudadanos un personaje importante... No nos admiremos, en fin, de que se procuren así en las ciudades como en las granjas las habitaciones más voluptuosas y magníficas, ni de que se cubran y carguen las mesas de los manjares más raros y costosos, y de los licores y vinos más exquisitos, porque el orgullo conduce á todos estos excesos y desórdenes; y lo más terrible aquí, es que el orgullo-

so no los tiene por tales; porque el orgullo se parece á esas enfermedades que no se pueden curar á causa de que los enfermos se creen con perfecta salud.

Yo todo lo espero, dice S. Cipriano, de un pecador que se humilla, pero nada espero de un pecador orgulloso. Nabucodonosor no fué convertido en bestia sinó para que aprendiese que el Señor detesta al hombre soberbio; y Jesucristo, que perdonó á la humilde mujer sorprendida en adulterio, no perdonó, ántes maldijo á los Escribas y Fariseos como á una raza de orgullosos. La vanidad que se apodera del hombre es tanto más criminal, dice S. Agustin, cuanto nada hay en nosotros que nos la pueda inspirar. La bajeza de nuestro origen, la corrupcion de nuestro corazon, la flaqueza de nuestro espíritu, la incertidumbre de nuestro destino eterno, son otras tantas miserias que deben humillarnos, abatirnos y anonadarnos. Esto no obstante, somos vanos y soberbios, y consiste en que nuestro amor propio no nos deja conocernos; pues á poco que reflexionásemos, nos veríamos colocados, en cualidad de pecadores, más abajo de las bestias.

¡Qué tienes tú que no hayas recibido? dice S. Pablo, y si lo has recibido ¿por qué te glorías, como si no lo hubieras recibido? Esta verdad que hacia tan humildes y agradecidos á los primeros cristianos, ninguna impresion hace en el dia. El siglo es tan perverso y el mundo se halla tan poseido de la soberbia y el orgullo, que no es posible atraerle á sus deberes. Si se le habla de la sencillez de nuestros padres, la trata de rusticidad. Si se le recomienda la humildad, la mira como una virtud que no conviene á los espíritus fuertes. Si se le predica que haga penitencia, responde: ó que no la necesita, ó que eso no está con los usos del siglo. ¡Tiempos perversos! ¡Siglo incorregible! ¡Siglo, cuya corrupcion, por su carácter de incorregible, pone el colmo á la corrupcion de todos los siglos del Cristianismo que le han precedido!

¡Cristianos de los primeros tiempos! vosotros que no sabiais otra ciencia que Jesucristo crucificado, ni teniais otro placer que meditar su Evangelio y cumplirle, levantaos contra esta generacion perversa que se atreve á usurpar vuestro venerable nombre y á vivir sin vuestra ciencia y costumbres. ¡Apóstoles de Jesucristo! venid á encender de nuevo aquel fuego divino que vuestro soberano Maestro vino á traer á la tierra y en el que quiso que ardiera. Venid á predicar otra vez el Evangelio eterno á un Cristianismo pagano. Venid á derribar otra vez los ídolos, no ya de madera ó de piedra, sinó de carne y de sangre. Venid á derribar los ídolos que adoran las pasiones. Venid á mudar las costumbres corrompidas de los cristianos; porque en el dia no bastan

predicadores ordinarios; en el dia se necesitan predicadores extraordinarios; se necesitan predicadores de quienes se haya apoderado el Espíritu del Cenáculo; se necesitan apóstoles; se necesitan Pedros, que asombren con sus discursos y conviertan con sus prodigios á la multitud de paganos y malos cristianos que ocupan nuestras ciudades y pueblos. Se necesitan Pablos, que con la vehemencia de su celo obliguen á los cristianos del dia, como en otro tiempo á los de Efeso, á presentar en plaza pública esa multitud de libros abominables que han trastornado y trastornan la fe de muchos, y corrompido y corrompen las costumbres de casi todos. ¡Ah! Una hoguera, mil hogueras, formadas de ellos en medio de las plazas y cuyas llamas subiesen hasta el cielo, llevarian á la presencia del Altísimo un olor de suavidad que aplacaria su ira tan justamente irritada contra nosotros, y nos atraerian mil riquezas de fe y de religion, y mil bendiciones de paz y de consuelo. En el dia, repito, se necesitan predicadores extraordinarios, se necesitan Boanerges, hijos del trueno, que llenen de terror y de espanto á esas almas insensatas que caminan, como víctimas engalanadas y con los ojos vendados, á sepultarse en el infierno: porque, católicos, nos hemos alejado ya tanto del camino que llevaron los primitivos cristianos, hemos bajado tantos escalones y dado tantos pasos en el camino de la relajacion, y nos hallamos tan sumergidos en el cenagoso y corrompido mar de los vicios, que solamente apóstoles, ó predicadores, poseidos del espíritu de los apóstoles, parece que pueden sacarnos de este podrido abismo.

Terrible es, cristianos, el estado en que nos hallamos, espantosa la corrupcion de nuestro siglo. Lo habeis oido y por desgracia no sobran sinó hechos para probarlo. ¿Qué nos resta pues que hacer, mis amados? Eso es muy claro. Que cada uno de nosotros enmendemos nuestra vida. Los que se hayan arrojado al espantoso mar de los errores, acogiéndose á la nave de la Iglesia, fuera de la cual no hay vida eterna; y los que se hayan dejado arrastrar del asqueroso torrente de los vicios, asiéndose para salir y librarse de él á la tabla de la penitencia, sin la cual tampoco hay para ellos vida eterna.

¡Dios de las misericordias! Vos, Señor, veis nuestro lastimoso estado; compadeceos de nosotros. Enviad sobre los ministros de vuestra Esposa la Iglesia aquel espíritu de poderío y de celo que derramasteis sobre los apóstoles para la reconquista del universo. No es hoy ménos necesario para la reforma del Cristianismo. Enviad, Señor, vuestro espíritu de santidad, y el Cristianismo se reformará, y las costumbres recobrarán su pureza, y nosotros volveremos á presentar al

universo los hermosos dias de nuestros padres; y despues de pasar en virtud nuestra vida sobre la tierra, iremos á recibir su premio eternamente en el cielo, donde vivis y reinais por los siglos de los siglos. Amen.

EDUCACION CRISTIANA.

Patres, educate filios vestros in disciplina Domini.

Padres, educad á vuestros hijos instruyéndolos segun la doctrina del Señor.

(EPHES. VI, 4.)

Sin fijarnos en las influencias particulares que ejerce el matrimonio en la educacion, principio este discurso sentando esta verdad: Que todos los matrimonios deben de ser puros y religiosos, y que así es como se experimenta la realizacion de la dicha entre los esposos, y entre éstos y sus hijos. La educacion está en germen en el matrimonio, y es muy justo bendecir al Salvador por haber elevado á la dignidad de sacramento el compromiso más solemne é importante de la vida humana.

Oigamos al grave Tertuliano celebrar con las expresiones sublimes que le son familiares la grandeza del matrimonio católico: «Cómo mi boca, exclama, podrá demostrar suficientemente cuanta gloria y felicidad se encierra en esta santa alianza que la Iglesia anuda, que la oblacion del sacrificio confirma, que el sello de la bendicion consagra, que los ángeles publican como testigos, y que Dios Padre ratifica en los cielos? Dos fieles sobrellevan el mismo yugo, oran juntos, y unidos ayunan, van á la iglesia y á la mesa Eucarística, así en las turbulencias como en la paz.»

Es deplorable, muy amados hermanos nuestros, que un materialismo enteramente pagano quite tan á menudo al matrimonio ese carácter de gravedad santa y dulce armonía que le ha impreso el Cristianismo. Se consulta á los sentidos y no á las almas, á la fortuna y no á los corazones; los intereses temporales arrojan al olvido los de